

Fragmento de “Formas de Mirar” - Cuadernos de Cátedra  
Víctor Murgia , Alejandra Rodrigues Gesualdi  
FADU ediciones – 2004

## VER Y MIRAR

*Antes de pintar un bambú, el bambú debe crecer dentro de uno.*

Nang Yu

Al llegar al botánico a dibujar, con el primer golpe de vista se asoma esta pregunta: ¿qué es lo que se puede dibujar aquí, donde todo es verde y donde, además, no hay otra cosa que árboles? ¿Qué puede tener esto de interesante?

Hasta ese momento, las ideas habituales acerca de las formas de los árboles son más o menos las siguientes: por un lado, hay árboles triangulares, como los pinos; por otro, hay árboles circulares. Todos los árboles del mundo pertenecen a alguno de estos dos grupos. No importa si tienen hojas o 110, si tienen un follaje traslúcido u opaco, si se les ven las ramas, si sus troncos son fuertes o raquíuticos. No importa si los árboles se resisten a encuadrarse dentro de ese triángulo o ese círculo mágicos. No importa que la forma del árbol se niegue a ser sintetizada en un patrón mental preestablecido.

Algo similar sucede con los colores: existen dos verdes, un verde claro y uno oscuro que, por supuesto, no son otros que los que vienen en las cajas de lápices de colores. Quien está aprendiendo y aún no sabe mirar es capaz de transformar los colores reales del árbol hasta hacerlos coincidir con los que están en su caja de colores.

Mirar es ver con atención, así como escuchar es oír detalladamente. Escuchamos una melodía, oímos un grito. Para dibujar, hay que saber mirar.

## FORMAS DE MIRAR

Avanzar en la experimentación con el dibujo es enseñar a mirar.

Al aprender, se produce un cambio en las posibilidades de recibir el mundo visual. Ante quien aprende a dibujar estalla un universo de variaciones infinitas de forma y color, como si se le cayera un velo de los ojos. Los hindúes denominan maya a ese velo con el cual sintetizamos y modificamos lo que vemos, de tal manera que nuestras impresiones no se corresponden con la realidad, son ilusorias. Maya significa el poder que crea la ilusión, y también la ilusión misma. El arte de un mago, por ejemplo, es maya; también es maya la ilusión que crea. Pero cuando el velo de maya deja de actuar, aunque no sea más que por un corto tiempo, las posibilidades de percibir se amplían.

El objetivo de los ejercicios de esta etapa es lograr que ese velo deje de actuar en los momentos en que se dibuja, para desarrollar las posibilidades de recibir impresiones a través de los sentidos.

La primera señal del inicio de este proceso se produce cuando sentimos que no nos alcanzan los colores de los pasteles que tenemos. Aunque sean muchos, no son suficientes para reflejar la riqueza de lo que nos llega a través de los sentidos.

Allí comienza un camino nuevo. Un camino de búsqueda dentro del mundo del color. Se necesita ahora mezclar los colores y descubrir, por ejemplo, que el color de cierto lugar de la copa de un árbol que estábamos buscando se encuentra mezclando, quizás, un azul con magenta (o cualquier otra combinación impensable hasta ese momento). Y que ese color

sin nombre nos sirve para representar aquello que antes denominábamos verde, pero que ahora contiene reflejos azules, dorados, rojizos...

De esta misma manera, los árboles dejan de ser triángulos y se convierten en formas vivas, en crecimiento y transformación.

Y la luz se nos revela como la fuerza que hace surgir las formas de la oscuridad. La que nos permite ver, mirar. La que nos posibilita conocer una faceta del mundo sin tener necesidad de tocarlo.

A partir de ese momento nos sumergiremos en la variedad de luz, forma y color toda vez que hagamos un dibujo. Y dejaremos paulatinamente de exigirnos hacer una síntesis de cada cosa percibida.

Ahora bien: si la aspiración es despojarse de las ideas para abrirse a recibir, no se puede dejar de tener en cuenta que la percepción es selectiva.

Un geólogo puede ver una roca como prueba de la existencia de una era particular de la Tierra; un químico reconocerá los minerales que la conforman; un alpinista observará la textura, en función de la dificultad que se le plantea para escalarla, y un dibujante muy probablemente se detendrá a observar la incidencia de la luz sobre su bella forma. Y estas son apenas algunas de las maneras de mirar una roca. Tanto el geólogo como el químico percibirán, sin duda alguna, los aspectos generales de la piedra, pero solo seleccionarán lo que se encuentre dentro de su área de interés.

Desarrollarse en la percepción es, de alguna manera, ampliar y profundizar las áreas de interés. El proceso se instala en la cabeza del dibujante como un programa de software en un disco rígido. Un programa que solo puede servir, multiplicarse y crecer, y que involucra tanto al color, como a la forma o los contrastes. La instalación puede darse en el botánico, en el 200 o tres meses después, según cada estudiante, pero una vez que sucede, está. Difícilmente se borra. No hay que hacer ningún esfuerzo para que vuelva a aparecer: basta con sentarse a dibujar y sucede.

Es un salto de la conciencia, una mejora que nos ubica en otro sitio, en un lugar con posibilidades más amplias de aprender y comunicarnos.